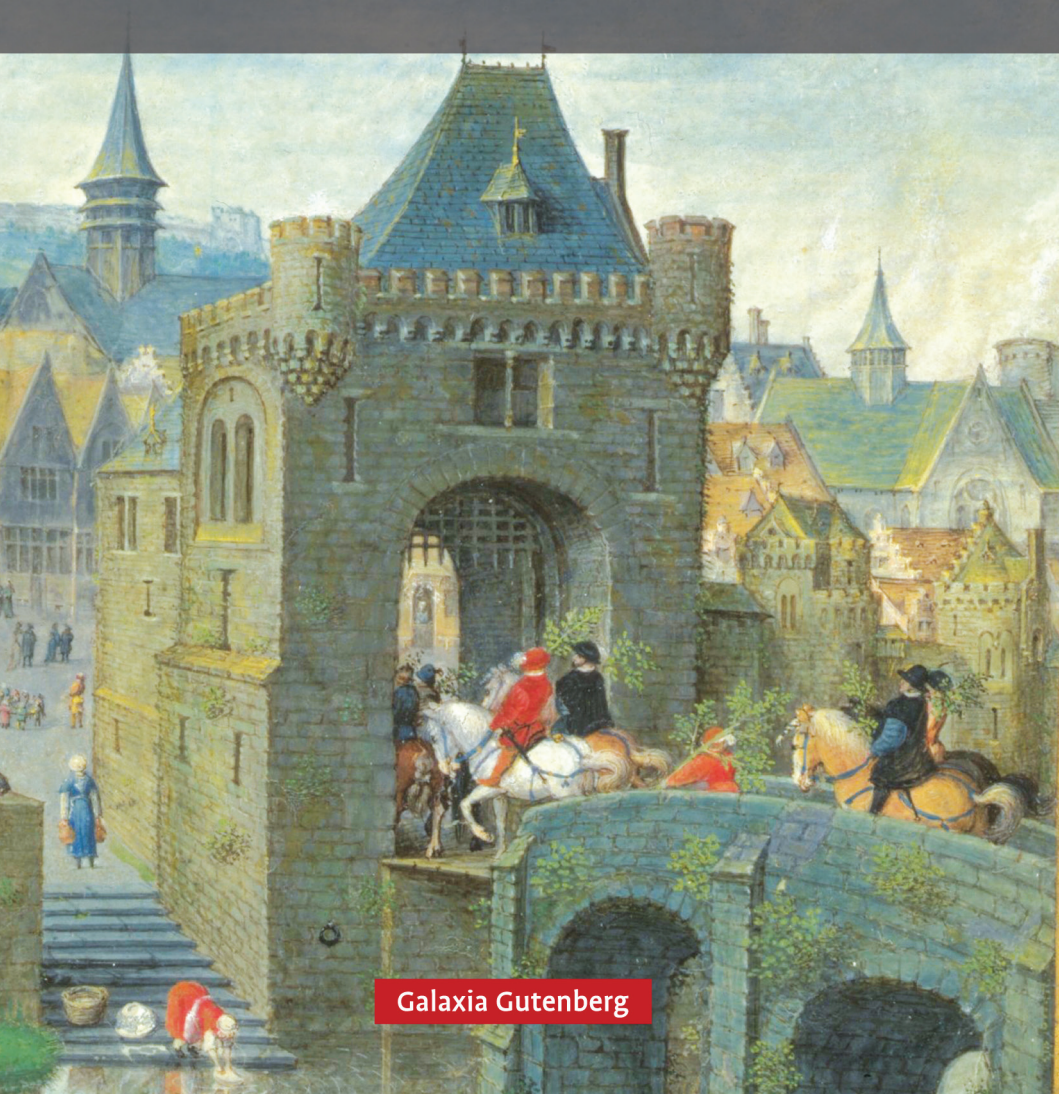


Norman Davies

Reinos desaparecidos

La historia olvidada de Europa



Galaxia Gutenberg

NORMAN DAVIES

Reinos desaparecidos

La historia olvidada de Europa

Traducción de
Joan Fontcuberta
y Joan Ferrarons

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Vanished Kingdoms: Exploring Europe's Lost Realms*
Traducción del inglés: Joan Fontcuberta Gel y Joan Ferrarons Llagostera

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero 2017

© Norman Davis, 2011
© de la traducción: Joan Fontcuberta y Joan Ferrarons, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 151-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-81-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Cuadros	9
Mapas	10
Introducción	13
1. Tolosa. <i>La estancia de los visigodos</i> (418-507 d.C.)	27
2. Alt Clud. <i>El reino de la Roca</i> (s. V-XII)	49
3. Burgundia. <i>Cinco, seis o siete reinos</i> (c. 411-1795)	109
4. Aragón. <i>Un imperio mediterráneo</i> (1137-1714)	183
5. Lituania. <i>Un Gran Ducado con reyes</i> (1253-1795)	269
6. Bizancio. <i>Una estrellada rama de oro</i> (330-1453)	359
7. Borussia. <i>La acuosa tierra de los prusai</i> (1230-1945)	377
8. Sabaudia. <i>La casa que Humberto levantó</i> (1033-1946)	455
9. Galitzia. <i>Reino de los desnudos y los moribundos</i> (1773-1918)	505
10. Etruria. <i>Una serpiente francesa entre la hierba toscana</i> (1801-1814)	563
11. Rosenau. <i>Un apreciado legado que nadie quiere</i> (1826-1918)	617
12. Chernagora. <i>El reino de la Montaña Negra</i> (1910-1918) ..	657
13. Rutenia. <i>La República de un día</i> (15 de marzo de 1939) ...	709
14. Éire. <i>El ritmo desmedido de la retirada de la Corona</i> (desde 1916)	725
15. URSS. <i>El último acto</i> (1924-1991)	789
Cómo mueren los estados	837
Notas	851
Índice onomástico	909

Introducción

Toda mi vida me ha intrigado la distancia que media entre apariencia y realidad. Las cosas nunca son lo que parecen. Nací súbdito del Imperio Británico y de niño leí en mi *Children's Encyclopaedia* que «nuestro imperio» era uno «en el que nunca se ponía el sol». Veía que en el mapa había más rojo que cualquier otro color y ello me tenía fascinado. Poco después contemplé con incredulidad cómo el ocaso imperial brillaba en aquel cielo de posguerra, entre una marea de sangre y caos. Más tarde vería como la realidad desmentía apariencias externas de un poder y una pertinacia sin límites.

En mi enciclopedia también leí que el monte Everest, con 8.840 metros de altitud, era el pico más elevado del mundo y que lo habían bautizado en honor al topógrafo general de la India británica, el coronel sir George Everest. Naturalmente, como se esperaba, me dejé llevar por la asunción no escrita de que la cumbre del mundo era británica; y quedé debidamente impresionado. Todo parecía muy simple. Para cuando tuve un ejemplar de *The Ascent of Everest* ('El ascenso al Everest') de sir John Hunt, en la edición especial para la coronación de la reina, como regalo de Navidades de 1953, la India había dejado el Imperio, por supuesto. Pero luego supe que el monte Everest nunca había pertenecido ni a la India ni al Imperio. Como el rey del Nepal no permitía a los hombres de Everest que entraran en su país, se había medido la montaña desde una gran distancia; 8.804 metros no era, por lo tanto, su altitud correcta; el nombre inglés de la montaña fue adoptado como un acto de autobombo, siendo sus denominaciones más auténticas Sagarmatha (en nepalés) y Chomolangma (en tibetano).¹ El conocimiento, como he tenido que admitir, no es menos inestable que las circunstancias en las que se ha obtenido.

Siendo un muchacho, me llevaron varias veces al Gales de habla galesa. Como poseía un apellido tan galés, me sentí como en casa de inmediato y adquirí una duradera afinidad para con el país. Visitando

a unos amigos en un pueblo de montaña, también llamados Davis, conocí a gente que normalmente no habla inglés y recibí como regalo mi primer diccionario inglés-galés: el *Geiriadur* de T. Gwynn Jones,² que me convirtió de por vida en un coleccionista de lenguas extranjeras, aunque no, desgraciadamente, en un experto en galés. Viendo los castillos ingleses de Conwy, Harlech y Beaumaris (normalmente llamados de forma incorrecta «castillos galeses»), simpatiqué más con los conquistados que con los conquistadores, y al leer en alguna parte que el nombre galés para «Inglaterra», *Lloegr*, significaba ‘la tierra perdida’, quedé prendado, imaginando cuán gran pérdida y olvido expresa el nombre. Más tarde me comentaría un docto colega que mi imaginación había superado la etimología. Pero siendo yo alguien educado en un entorno inglés, no cesó de asombrarme que todo lo que hoy llamamos «Inglaterra» no tuviese otrora nada de inglés. Este asombro subyace a mucho de lo que hay escrito en *Reinos desaparecidos*. *Dover*, a fin de cuentas, o *Avon*, son nombres puramente galeses.

De adolescente, cantando mal en la fila trasera del coro escolar, me atrajo particularmente una pieza de Charles Villiers Stanford. Por alguna razón, las palabras estoicas y la lánguida melodía de *They told me Heraclitus* (‘Me contaron, Heráclito’) despertaron en mí cierta simpatía. Así que fui a mi casa y lo busqué en mi ejemplar del *Smaller Classical Dictionary* de Blakeney y vi que era el «lloroso filósofo griego» del siglo VI a.C. Fue Heráclito quien dijo que «todo fluye» y que «nunca puedes cruzar el mismo río dos veces». Fue el primero en desarrollar la idea de lo efímero y figura muy pronto en mi libreta escolar de citas.

*They told me, Heraclitus, they told me you were dead.
They brought me bitter news to hear and bitter tears to shed.
I wept as I remembered how often you and I
Had tired the sun with talking and sent him down the sky.
And now that thou art lying, my dear old Carian guest,
A handful of grey ashes, long, long ago at rest,
Still are thy pleasant voices, thy nightingales, awake,
For Death, he taketh all away, but them he cannot take.³*

(‘Me dijeron, Heráclito, me dijeron que estabas muerto. / Me hicieron escuchar amargas noticias y verter amargas lágrimas. / Lloré al recordar cuántas veces tú y yo / habíamos cansado al Sol hablando y lo habíamos hundido en el cielo. / Y ahora que descansas, mi querido y viejo huésped

cario, / puñado de grises cenizas, en paz desde hace mucho, mucho tiempo, / están aún tus agradables voces, tus ruiseñores, despiertos; / pues la muerte se lo lleva todo, pero con aquello no puede.?)

Héraelito y sus ruiseñores también están cerca de la base de mi trabajo.

Al dejar la escuela, seguí el consejo de mi profesor de historia y pasé las vacaciones de verano leyendo la *Historia de la decadencia y caída del imperio romano* de Edward Gibbon, junto con su *Autobiografía*. El tema de Gibbon era, en sus propias palabras, «la mayor y quizás más terrible escena de la historia de la humanidad». ⁴ Nunca he leído nada que lo superara. Su magnífica narrativa demuestra que la vida de un Estado, incluso del más poderoso, es finita.

Años más tarde, siendo historiador profesional, me sumergí en la historia de la Europa Central y del Este. Mi primera tarea como profesor en la Universidad de Londres fue preparar un curso de noventa lecciones acerca de la historia polaca. El curso se centraba en la Confederación o *Rzeczpospolita* de Polonia-Lituania, que en el momento de su concepción en 1569 era el mayor Estado de Europa (o cuando menos el amo de la mayor extensión de tierras habitadas del continente). No obstante, en poco más de dos décadas, a finales del siglo XVIII, el Estado polaco-lituano fue destruido tan a fondo que a día de hoy poca gente ha oído siquiera hablar de él. Y no era la única baja. La república de Venecia se derrumbó en la misma época, como pasó con el Sacro Imperio Romano Germánico.

Durante la mayor parte de mi carrera académica, la Unión Soviética representó la mayor bestia de mi campo de estudio y una de las dos superpotencias mundiales. Poseía el territorio más extenso del mundo, un vasto arsenal de armas nucleares y convencionales y una serie de servicios de seguridad sin parangón. Pero ninguno de sus cañones ni policías la pudo salvar. Un día de 1991 desapareció del globo terráqueo y no se la ha vuelto a ver.

No es sorprendente, pues, que cuando me puse a escribir la historia de *The Isles* ('Las islas'), ⁵ empezara a preguntarme si los días del estado en el que había nacido y vivido, el Reino Unido, también podrían estar contados. Decidí que sí lo estaban. Mi educación estricta, de confesión no conformista, * me había enseñado a mirar con recelo el boato

* Con el nombre de *no conformistas* se conocen en Inglaterra las iglesias, princi-

del poder. En mi cabeza suena todavía la cadencia gloriosa y acompasada de *San Clemente*:

*So be it, Lord; Thy throne shall never,
Like earth's proud empires, pass away;
Thy kingdom stands, and grows for ever,
Till all Thy creatures own Thy sway.*⁶

(‘Así sea, Señor; tu trono jamás desaparecerá, / como sí perecen los orgullosos imperios de la Tierra; / tu Reino se sostiene y crece para siempre, / hasta que todas tus criaturas reconozcan tu dominio’.)

Puede decirse a favor de la reina Victoria, emperatriz de la India, que pidió que se cantara este himno en su sexagésimo aniversario.

Los historiadores y sus editores dedican un tiempo y unas energías excesivas a repetir la historia de todo lo que les parece poderoso, importante e impresionante. Inundan las librerías y las mentes de sus lectores con relatos acerca de grandes potencias, grandes hazañas, grandes hombres y mujeres, victorias, héroes y guerras —especialmente las guerras en las que «nosotros» presuntamente ganamos— y de los grandes males que hemos afrontado. En 2010 se publicaron sólo en Gran Bretaña 380 libros acerca del Tercer Reich.⁷ Si no fuera «*Might is Right*», su lema bien podría ser «*Nothing Succeeds Like Success*».*

Los historiadores se suelen centrar en el pasado de países que todavía existen, escribiendo centenares y miles de libros sobre la historia británica, la historia francesa, la historia alemana, la historia rusa, la historia norteamericana, la historia china, la historia india, la historia brasileña o lo que sea. Tanto si es de modo consciente como si no, están buscando las raíces del presente, con lo que se exponen al riesgo de hacer una lectura inversa de la historia. Tan pronto como emergen grandes potencias, ya los Estados Unidos en el siglo xx, ya la China en

palmente presbiterianas y congregacionales, que no comulgan con la anglicana Iglesia de Inglaterra. (*N. de los T.*)

* *Might is Right* (‘El poder tiene la razón’) es un libro anónimo de finales del siglo xix que abogaba por el darwinismo social. «*Nothing succeeds like success*» es un proverbio que significa: ‘Nada tiene tanto éxito como el éxito’. (*N. de los T.*)

el XXI, crece la demanda de historia norteamericana o historia china, y suena una voz de alarma diciendo que los países que hoy son importantes son también aquellos cuyo pasado más atención merece, que puede ignorarse sin problemas un espectro más extenso de conocimiento histórico. En esta jungla de información sobre el pasado, las grandes bestias siempre salen vencedoras. Los países más pequeños o débiles lo tienen difícil para hacerse oír y los reinos muertos casi no tienen ningún defensor.

Nuestros mapas mentales están por ello inevitablemente deformados. Nuestros cerebros sólo pueden trazar una imagen a partir de los datos que circulan en un momento dado, y son las potencias de hoy, las modas prevalecientes y el saber aceptado lo que crea los datos disponibles. Si seguimos obviando otros dominios del pasado, reforzaremos los espacios en blanco de nuestras mentes y amontonaremos más y más conocimientos en aquellos compartimentos de los que ya somos conscientes. El conocimiento parcial se hace aún más parcial y la ignorancia se perpetúa a sí misma.

El asunto no mejora con la tendencia hacia la ultraespecialización entre profesionales. El *tsunami* de información en el mundo actual, dominado por internet, es sobrecogedor; el número de periódicos que leer y de nuevas fuentes que consultar se multiplica geométricamente y muchos historiadores jóvenes se sienten obligados a restringir sus esfuerzos a brevísimos periodos de tiempo y diminutas parcelas de territorio. Se ven llevados a discutir su trabajo en una jerga arcana, académica, dirigida a las camarillas cada vez más reducidas de colegas con ideas afines, y por todas partes resuena un grito defensivo: «Éste no es mi periodo». En consecuencia, dado que el debate académico –y el conocimiento mismo, de hecho– progresa mediante recién llegados que desafían los métodos y conclusiones de sus predecesores, están aumentando rápidamente las dificultades a las que los historiadores de todas las épocas han tenido que enfrentarse para fugarse hacia territorios inexplorados o para intentar esbozar panoramas globales y de grandes dimensiones. Con pocas excepciones –algunas de ellas valiosísimas– los profesionales se aferran a roderas trilladas.

En este sentido, me sorprendió gratamente descubrir que uno de los grandes nombres de mi juventud había detectado dicha tendencia desde hacía tiempo. Mi propio tutor en Oxford, A. J. P. Taylor, recorrió intrépidamente numerosos aspectos de la historia británica y europea, ofreciéndonos un buen ejemplo.⁸ Pero no me di cuenta hasta hace poco

de que el gran rival de Taylor, Hugh Trevor-Roper, había presentado el problema de una forma característicamente elegante:

Hoy en día la mayoría de historiadores profesionales «se especializa». Eligen un periodo, a veces un periodo muy breve, y dentro de dicho periodo se esfuerzan, compitiendo a la desesperada contra fuentes siempre crecientes, por conocer todos los hechos. Así armados, pueden abatir sin problemas a cualquier aficionado que se adentre [...] en su terreno bien fortificado [...] El suyo es un mundo estático. Tienen una economía autosuficiente, una Línea Maginot y grandes reservas [...] pero no tienen filosofía alguna. Pues la filosofía histórica es incompatible con tan estrechas fronteras. Tiene que aplicarse a la humanidad de todos los tiempos. Para ponerla a prueba, un historiador debe atreverse a viajar fuera, incluso en territorio hostil; para expresarla tiene que estar dispuesto a escribir ensayos acerca de temas para los que puede que esté mal equipado para escribir libros.⁹

Ojalá lo hubiera leído antes. Aunque Taylor aparentemente admiraba los *Essays* de Trevor-Roper,¹⁰ no los recomendaba a sus alumnos.

Puede merecer la pena considerar las observaciones anteriores un poco más, aunque sólo sea porque la historiografía mayoritaria persiste en su adicción a las grandes potencias, a narrativas acerca del presente y a los temas ultraespecializados. La imagen resultante de la vida en el pasado es deficiente de necesidad. En realidad, la vida es mucho más compleja; está llena de fracasos, errores evitados por los pelos y valientes intentos, así como de triunfos y éxitos. La mediocridad, las oportunidades desaprovechadas y los comienzos en falso, aun sin ser sensacionales, son lo más corriente. El pasado está, de hecho, salpicado de grandeza, pero por lo general abundan las potencias menores, pueblos menores, vidas menores y emociones menores. Y lo que es más importante: hay que recordar constantemente a los estudiantes de historia la fugacidad del poder, pues la transitoriedad es uno de los rasgos fundamentales tanto de la condición humana como del orden político. Tarde o temprano todas las cosas tocan a un fin. Tarde o temprano el centro no puede aguantar más. Todos los estados y naciones, por grandiosos que sean, florecen una estación y luego son sustituidos.

Reinos desaparecidos se concibió teniendo en mente tales verdades, sobrias pero no especialmente pesimistas. Varios de los casos de estu-

dio tratan de estados «que fueron grandes otrora». Algunos tratan de algunos reinos que no aspiraban a la grandeza. Otros tratan de entidades que nunca tuvieron una oportunidad. Todos proceden de Europa y todos forman parte de ese extraño revoltijo de fustes torcidos* que llamamos «historia de Europa».

«Reinos desaparecidos» es una expresión, como «mundos perdidos», que suscita muchas imágenes. Recuerda a intrépidos exploradores avanzando con dificultad por las alturas del Himalaya o las profundidades de la jungla amazónica; o a arqueólogos cavando a través de capas perdidas en el tiempo, en yacimientos de Mesopotamia o del antiguo Egipto.¹¹ El mito de la Atlántida nunca queda lejos.¹² Los lectores del Antiguo Testamento están particularmente familiarizados con este concepto. Hubo siete reinos bíblicos, se nos dice, entre el antiguo Egipto y el Éufrates, y los especialistas en el Antiguo Testamento han trabajado largo y duro para establecer un marco de fechas y lugares. No se puede decir mucho con certeza acerca de Ziklag, Edom, Zoboh, Moab, Gilead, Filistea y Geshur.¹³ La mayor parte de la información sobre ellos consiste en alusiones fugaces, como «Absalón, en su huida, fue a refugiarse con Talmay, hijo de Amiud, rey de Geshur, y allí se quedó tres años. David, por su parte, lloraba todos los días por su hijo Amnón». ¹⁴ Hoy, tras milenios de cambios y conflictos, dos de los estados aspirantes a suceder a aquellos siete reinos llevan décadas atrapados ante obstáculos casi infranqueables. Uno de ellos, pese a su abrumador poder bélico, no ha podido imponer una paz verdadera; el otro, casi exangüe, puede que nunca vea la luz del día.

Por supuesto, la naturaleza humana seduce a todo el mundo con la idea de que los desastres solamente les ocurren a los demás. Las naciones imperiales así como las eximperiales son particularmente reticentes a reconocer cuán rápido avanza la realidad. Habiendo vivido una vida de ensueño a mediados del siglo xx y habiendo resistido contra todo pronóstico durante nuestra «hora más bella»,** los británicos se arriesgan a caer en un estado de autoengaño que les dice que su situación todavía es buena, que sus instituciones no tienen parangón, que su país es de alguna forma eterno. Los ingleses en particular ignoran felizmente que la desintegración del Reino Unido empezó en 1922 y que proba-

* En referencia a la obra de Isaiah Berlin. (*N. de los T.*)

** «*Finest hour*», expresión que Churchill empleó para referirse a la época del Imperio Británico. (*N. de los T.*)

blemente continuará; todavía tienen menos conciencia de lo complejo de las identidades galesa, escocesa e irlandesa. Si llega el fin, pues, será una sorpresa. Andan a ciegas cuantos creen en verdad que «Siempre habrá una Inglaterra». Sin embargo fue uno de los más perdurables poetas de Inglaterra quien, escribiendo su «Elegía» en la calma sombra del camposanto de Stoke Poges, resumió la certeza a la que se enfrentan estados e individuos por igual. Thomas Gray había tomado la medida de nuestra vanidad connatural:

*The boast of heraldry, the pomp of power,
And all that beauty, all that wealth e'er gave,
Awaits alike th' inevitable hour:
The paths of glory lead but to the grave.¹⁵*

(‘El orgullo de la heráldica, la pompa del poder / y toda la belleza que hubiera producido aquella riqueza / aguarda por igual la hora ineluctable: / las sendas de gloria no llevan más que a la tumba.’)

Tarde o temprano acaba cayendo el golpe final. Tras la derrota del Gran Reich Alemán en 1945, se han escrito obituarios para varios estados europeos. Entre ellos está la República Democrática de Alemania (1990), la Unión Soviética (1991), Checoslovaquia (1992) y la República Federal de Yugoslavia (2006). Sin duda alguna habrá más. La difícil pregunta es: ¿quién será el siguiente? A juzgar por su disfuncionalidad actual, Bélgica podría convertirse en la siguiente alca gigante de Europa, o quizás Italia. Es imposible decirlo. Y nadie puede predecir con seguridad si la última criatura que se ha unido a la familia de naciones europeas, la república de Kosovo, se hundirá o seguirá a flote. Quienes piensen que no están sujetos al imperio de lo efímero viven en *Nephelokokkygía** (una palabra acuñada por Aristófanes para hacer que su audiencia se parara a pensar).

La educación moderna puede que tenga algo que decir al respecto. En los días no tan distantes en los que todos los europeos cultivados habían sido educados sobre una base que combinaba los evangelios cristianos con los clásicos antiguos, todo el mundo estaba muy familiarizado con la idea de la mortalidad, tanto para estados como para individuos. Aunque los preceptos cristianos eran ampliamente obviados,

* Mundo fantástico y optimista en el que uno se encierra. (*N. de los T.*)

sí hablaban de un reino «que no es de este mundo». Los clásicos, propagando valores supuestamente universales, eran el producto de una civilización reverenciada pero muerta. La «antigua gloria de Grecia» o la «antigua grandeza de Roma» se habían evaporado miles de años antes; padecieron el destino de Cartago y Tiro, pero seguían vivos en la mente de la gente.

De alguna forma, pude formarme a nivel escolar y universitario antes de que la educación se echara a perder. En la Escuela Bolton aprendí latín, empecé griego y participé en las lecturas diarias de la Biblia en el Gran Salón. Mis profesores de historia y geografía, Bill Brown y Harold Porter, animaban a sus alumnos de los últimos cursos a leer libros en lenguas extranjeras. Durante el año que pasé en Francia, en Grenoble, me sentaba en la biblioteca y me abría paso a través de muchas obras de Michelet y Lavissee, con la esperanza de que algo se me quedaría. En el Magdalen College de Oxford me esperaban K. B. McFarlane, A. J. P. Taylor y John Stoye, un trío incomparable de profesores. En mi primerísimo seminario, McFarlane me dijo, con una voz tan dulce como sus gatos: «No te creas todo lo que leas en los libros». Taylor me diría más tarde que me olvidara del doctorado y que escribiera un libro por mí mismo, porque los «doctorados son para segundones». Sus posiciones eran desconcertantes, su actitud para con los alumnos resultaba paternal; sus lecciones, magníficas, y su prosa, deliciosa. Stoye, que a la sazón investigaba el asedio de Viena, me ayudó a empujar mis horizontes hacia el Este. Como posgraduado en Sussex, estudié ruso, y sólo me curaría de todas mis ilusiones paneslavas tras una larga estancia en Polonia. En la Universidad Jagellona de Cracovia estuve bajo la tutela de historiadores mayores, como Henryk Batowski o Józef Gierowski, cuyas carreras estaban dedicadas a limitar el progreso de un régimen totalitario, y quienes, por consiguiente, tenían una fe apasionada en la existencia de la verdad histórica. De regreso a Oxford, en el Saint Anthony College, me senté a los pies de gigantes como William Deakin, Max Hayward y Ronald Hingley, quienes mezclaban historia, política, literatura y espeluznantes aventuras en tiempos de guerra. Mi supervisor era el difunto Harry Willetts, polonista, rusista y traductor de Solzhenitsyn; sus seminarios de especialidad tenían lugar en la cocina de su casa en Church Walk, donde uno podía oír de boca de su esposa polaca, Halina, lo que realmente significaba la deportación a la Siberia estalinista. Cuando finalmente obtuve un puesto académico en la londinense Escuela de Estudios Eslavos y

de la Europa del Este (SSEES), me convertí en la sombra de Hugh Seton-Watson, un políglota de gran erudición, quien nunca olvidó a lo largo de la Guerra Fría que Europa constaba de dos mitades. Hugh escribió una reseña de mi primer libro, anónimamente, como era costumbre en el *Times Literary Supplement* de entonces, confesándola unos diez años más tarde. Todos los que estábamos en la SSEES del University College de Londres nos esforzábamos en comunicar la vida de sociedades cerradas a audiencias que vivían en una sociedad abierta; todos cuidábamos de lánguidas llamas intelectuales que estaban en peligro de extinguirse. Y aquello representaba un aprendizaje en sí mismo.

Hoy los bárbaros han irrumpido en el jardín. La mayoría de escolares nunca han conocido a Homero o Virgilio; algunos no reciben ningún tipo de enseñanza religiosa, y la enseñanza de lenguas modernas casi ha desaparecido del todo. La historia misma tiene que pelear por un exiguo espacio en el currículo junto a materias aparentemente más importantes como Economía, TIC, Sociología o Ciencia de los medios de comunicación. Proliferan el materialismo y el consumismo. Los jóvenes tienen que aprender dentro de un capullo lleno de falso optimismo. A diferencia de sus padres y abuelos, crecen con muy poco sentido del implacable paso del tiempo.

La tarea del historiador, por ello, va más allá del deber de cuidar de la memoria general. Cuando unos pocos eventos del pasado se recuerdan de forma generalizada, en exclusión de otras materias igual de merecedoras, hay la necesidad de que determinados exploradores se desvíen de las sendas trilladas y recuperen algunos de los lugares de memoria no tan de moda. Se parece al trabajo de los ecólogos y ecologistas, que se ocupan de especies en peligro, y de quienes, estudiando el destino del dodo y el dinosaurio, construyen una imagen fiel del estado de nuestro planeta así como de sus perspectivas. La presente exploración de una selección de reinos extintos se ha perseguido con pareja curiosidad. El historiador que parte en búsqueda del «Reino de la Roca» o la «República de Un Día» comparte la emoción de la gente que localiza las guaridas de los gatopardos o del tigre siberiano. «Vi pálidos reyes», recuerda el poeta, «y príncipes también. / Pálidos guerreros, todos pálidos como la muerte [...]»¹⁶

El tema de la *hybris* de la humanidad, por supuesto, no es nuevo. Es más antiguo que los griegos, que inventaron el vocablo, y que, en la época de su grandeza, descubrieron las estatuas de los faraones egipcios ya medio derruidas en la arena del desierto.

*'My name is Ozymandias, king of kings:
Look on my works, ye Mighty, and despair!
Nothing beside remains. Round the decay
Of that colossal wreck, boundless and bare
The lone and level sands stretch far away.'*¹⁷

(‘Me llamo Ozymandias, rey de reyes: / ¡Contemplad mis obras, vosotros los poderosos, y desesperad!» / Nada más queda a su lado. En torno a la ruina / de aquellos despojos colosales, desnuda y sin límites / la llanura solitaria de las arenas se extiende hacia lo lejos.’)^{*}

*

Desde el día que concebí este libro me he centrado en dos prioridades: subrayar el contraste entre el tiempo presente y los tiempos pasados y explorar cómo funciona la memoria histórica. Dichas prioridades sugirieron que cada uno de los estudios tuviera una estructura tripartita. La primera parte de cada capítulo traza por ello un esbozo de algún lugar de Europa tal y como se muestra hoy. La segunda cuenta luego la narrativa de un «reino desaparecido» que una vez habitó aquel mismo lugar. La tercera examina la medida en la que el reino desaparecido ha sido recordado u olvidado; normalmente se recuerda mal, está medio olvidado o completamente abandonado.

Así pues, me he esmerado al máximo por presentar reinos desaparecidos extraídos de tantos periodos y regiones importantes de la historia europea como el espacio me permitiera. Tolosa, por ejemplo, proviene de la Europa occidental, Lituania y Galitzia del Este. Alt Clud e Irlanda tienen base en las islas Británicas, Prusia en el Báltico, Tsernagora en los Balcanes y Aragón en Iberia y en el Mediterráneo. El capítulo que abarca los «cinco, seis o siete reinos» de Borgoña explica un relato medieval que une la Francia y la Alemania modernas; «Saboya» se ocupa principalmente de la Edad Moderna, a la vez que relaciona Francia, Suiza e Italia, y «Rosenau» y la «URSS» se restringen a los siglos XIX y XX.

Ni que decir tiene que el objeto de *Reinos desaparecidos* no puede agotarse con la colección limitada de ejemplos que aquí se presentan.

* Traducción de Santiago González en VV.AA., *Homenaje a José María Martínez Cachero*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2000. (N. de los T.)

La «historia de la Europa medio olvidada» es mucho más extensa de lo que ninguna selección parcial pueda cubrir. Se han desechado muchos candidatos previos, aunque solamente fuera por razones de espacio. Uno de estos estudios, «Kerno», examina el reino del rey Marco en la Cornualles posromana y está adornado con reflexiones acerca del tema del genocidio cultural y extractos de la obra del poeta de Cornualles Norman Davies. Otro estudio, «*De Grote Appel: Una efímera colonia neerlandesa*», presenta la historia de Nueva Ámsterdam antes de que se transformara en Nueva York. Un tercero, «Carnaro: La regencia del primer *duce*», cuenta el relato extraordinario del golpe de estado de Gabriele d'Annunzio en Fiume en 1919 y concluye con un exquisito poema: «La pioggia nel pineto» ('La lluvia en el pinar').

En esta empresa he tenido que confiar en gran medida en la obra de otros. Ningún historiador puede poseer conocimientos profundos de todas las partes y periodos de la historia europea, y todos los buenos generalistas comen con apetito de los platos preparados por sus colegas especialistas. Todo el que parta para un territorio desconocido necesita armarse con mapas y guías y la información de aquellos que le precedieron. En los primeros estadios de la investigación, me ayudó muchísimo el consejo de colegas especialistas como el difunto Rees Davies, acerca del Viejo Norte; David Abulafia, acerca de Aragón; o Michał Giedroyc, acerca de Lituania, y casi todos los capítulos se han beneficiado en gran medida de estudios de expertos y consultas a especialistas. En pocas palabras, todas y cada una de las secciones de mi pequeña catedral se han construido con los ladrillos, piedras y esquemas de otras personas.

Siempre me ha encantado la metáfora de Platón de la «nave del Estado». La idea de una gran embarcación, con su timonel, tripulación y dotación de pasajeros, abriéndose paso a través de los océanos del tiempo... es irresistible. Así lo son también los muchos poemas que lo celebran:

*O navis, referent in mare te novi
fluctus! O quid agis? Fortiter occupa
portum! Nonne vides ut
nudum remigio latus [...]*¹⁸

O bien:

*Thou, too, sail on, O Ship of State!
Sail on, O Union, strong and great!
Humanity with all its fears,
With all the hopes of future years,
Is hanging breathless on thy fate!*¹⁹

(‘¡Tú, también, sigue navegando, oh Nave del Estado! / ¡Sigue navegando, oh Unión, fuerte y grande! / ¡La humanidad, con todos sus temores, / con toda la esperanza en años venideros, / está sin aliento, pendiente de tu destino!.)

El presidente Roosevelt copió estas líneas de Longfellow de su puño y letra y se las mandó a Winston Churchill el 20 de enero de 1941. Las acompañaba un nota diciendo: «Me parece que este verso puede aplicarse tanto a su pueblo como a nosotros».²⁰

Los mismos pensamientos asaltan nuestras mentes cuando nos devanamos los sesos pensando en reinos que han desaparecido. Pues las naves del Estado no navegan para siempre. A veces capean las tormentas, a veces se van a pique. En algunas ocasiones logran llegar al puerto para ser reparadas; en otras, dañadas sin remedio, se desgazan, o se hunden, cayendo bajo la superficie hacia una recóndita postrera morada entre peces y percebes.

En relación con eso, se presenta otra cadena de imágenes en la que el historiador se convierte en un raquero o cazatesoros, en un coleccionista de restos de naufragios, en alguien que saca a flote un barco naufragado, que se sumerge en las profundidades, que escudriña el lecho marino para recuperar lo perdido. No hay duda de que este libro se encuentra cómodo en la categoría de salvamento histórico. Reúne el rastro de naves de Estado que se hundieron e invita al lector, aunque sea sobre el papel siquiera, a contemplar con placer cómo los galeones destrozados enderezan sus mástiles caídos, levantan anclas, cómo se hinchan sus velas y retoman el rumbo a través del oleaje del océano.

NORMAN DAVIES
Peterhouse y St Antony's
abril de 2011